

## TERESA MIRA, MUJER SENCILLA Y DE GRAN CORAZÓN

Todos los santos se han distinguido por su inmersión en al vida de Cristo; han vivido el mensaje de las Bienaventuranzas y nos han mostrado el camino para vivirlas. En la vida nos encontramos con personas que nos sorprenden por ese no sé qué que les hace diferentes y es entonces cuando quienes les han conocido, quienes han convivido con ellos, no han dudado en considerarles santos: su vida y su testimonio encarnan plenamente el estilo de Jesús, el estilo de las Bienaventuranzas. Estos hombre, estas mujeres, siguen presentes, permanecen en el recuerdo, porque han hecho camino junto a nosotros y sus huellas nos han marcado una ruta a seguir. Son testigos cercanos, punto de referencia para nuestra vida. Y es porque dejan traslucir las actitudes de Cristo, la santidad de Dios. Cuando les contemplamos descubrimos que en ellos Dios ha adornado y bendecido a su Iglesia, y no podemos dejar de maravillarnos por la inmensa diversidad de formas de vida que nos manifiesta. Cada uno presenta un estilo de vida propio, un carisma personal, un sello inconfundible: un reflejo particular de la incommensurable riqueza de Cristo.

Aquí queremos trazar unas pinceladas de una mujer singular, una joven carmelita que pasó por nuestro mundo sembrando el bien con la sonrisa en los labios y el corazón abierto a todos: Teresa Mira. La sencillez, el amor hecho servicio fue la característica fundamental de su camino de santidad, virtudes que brillan en ella con tal claridad que es imposible hablar de ella sin hacer referencia a su sencillez y a su gran corazón.

Presentar a Teresa Mira como una “mujer sencilla y de gran corazón” es como llamar a las cosas por su verdadero nombre. Nada puede definir a Teresa tan bien como este doble calificativo. Y es que Teresa todo era natural y sencillo; hasta las cosas difíciles de su vida ella las convierte en sencillas porque las vive y las afronta desde su sencillez, y esto se traduce en hacer grande la entrega sencilla de cada día.

A Teresa no le faltó el espacio que requería su alma para vivenciar su piedad, la que encarna en la entrega a los que la necesitan y la que no quedaba exenta de sacrificio, una piedad que contagiaba aún a los que se tenían por ateos y a los que Teresa conquistaba con su dulzura y desinterés. Al igual que la planta de la violeta esconde sus flores entre sus hojas sin lograr apagar su belleza y calidez. Teresa cobija en su alma el gran amor de Dios que le inunda y fortalece en el sufrimiento y en el servicio fiel y abnegado. Llegan a nosotros los testimonios que nos hablan de cómo era Teresa: una joven que experimenta la ternura de Dios en lo sencillo y cotidiano, siempre dispuesta a ayudar a los demás. Su sencillez personal no era algo aparente sino que se había ido esculpiendo en su interior a golpe de experiencia y sacrificio.

Como hija de Francisco Palau sabe que su vocación carmelitana no está condicionada al claustro del que tuvo que salir por causa de la guerra civil, aunque soñará con volver al convento y vestir el hábito religioso, que no por ser humilde y sencillo será más pobre que las humildes ropas con las que durante, durante ese periodo de guerra le vieron recorrer las calles de Novelda sus conciudadanos. Los años que pasó fuera del convento en casa de doña Lola Manzanares fueron para Teresa como un crisol donde se fueron perfeccionando cada vez más sus grandes virtudes de caridad y humildad. En Teresa la santidad se manifiesta en la sencillez, en la normalidad, en ser la última para dar paso al otro., como lo indica el gesto y la actitud de dejar su lugar a otras personas en las largas filas de racionamiento

Su vida fue eso: una entrega total, una vivencia de lo sublime desde un corazón sencillo: el trato sencillo y la caridad lo envolvía todo y testimoniaba la encarnación de las bienaventuranzas en una vida que fue don para cuantos le conocieron. Ha sufrido pero lo ha llevado de manera que también eso resulta sencillo, sin visos de heroicidad.

Las grandes cualidades humanas de Teresa Mira se basan en la misma sencillez que le caracterizaba y que atraía a todos. Esta Teresa, de mirada limpia y de dulce trato, cariñosa, atenta, y delicada con todos y en todo, olvidada de sí misma y entregada a los demás, que siempre ponía paz y que siempre se podía contar con ella. Una Teresa de condición amable, que desde niña llevaba la sonrisa dibujada en el rostro, con una capacidad de entrega admirable... una Teresa que pone a nuestro alcance los elementos que proporcionan la felicidad y construyen la fraternidad.

Teresa sabe, como lo expresa en la última carta, que Dios cuida de ella y le cuida porque le ve pequeña. Ella nos enseña a confiar en Dios en los momentos difíciles: tenía una confianza ilimitada en Dios y vivía abierta al Espíritu. En Teresa todo fue sencillo, desde su niñez hasta el último momento de su vida. Su figura espiritual se le escapaba en la mirada y en el obrar. Vivió con ilusión y fue feliz desde el hacer feliz al otro. Ella se dejaba penetrar por el amor de Dios y es éste el que fluye en su trato con quienes le rodeaban y el que le llenaba de confianza y fortaleza en su enfermedad.

Teresa Mira supo envolverse del amor, hacerlo suyo y dejar que fuera su “Carné” de identidad y su modo de ser.

Saboreó con entereza y gozo interior el cáliz de una larga enfermedad. Entregó su vida minuto a minuto en fidelidad a su consagración al Señor como Carmelita Misionera Teresiana. Vivió y murió por la Iglesia, como lo hizo su fundador, el beato Francisco Palau, y testificó esta misión con su lema: “Hagamos el bien a todos”.

Lo que maravilla de Teresa Mira es su inmensa sencillez, su humildad sin ostentación, su caridad sin límites, un gran corazón que no conoce resentimientos ni envidias, sólo el amor y la ternura repartidos entre todos los que se acercaban a ella.

Alguna de las vecinas del colegio de Novelda declarará más tarde: “La H. Teresa era diáfana y sincera en su decir y obrar, sencilla en todo”. En Teresa todo era sencillo, como el pan, como la vida misma.

El espíritu de Teresa se fue forjando con firmeza en el mensaje de Teresa de Lisieux, de quien era gran devota y de cuya espiritualidad se nutrió desde sus inicios en el Carmelo. Teresa imitaba de la santa el no quejarse por nada, en la práctica de diminutos sacrificios, en disimular las ofensas, callar, cubrirlo todo con el manto de la caridad y la dulzura de unos labios sonrientes. Será su lema: *“como no puedo hacer cosas grandes tengo que contentarme con las cosas pequeñas”*. Casi contemporánea de Santa Teresita del niño Jesús quiso imitarle en su Infancia Espiritual, en la sencillez y la confianza en Dios, con la seguridad plena que toda la fuerza botaba de la oración confiada, la cual no sólo confortaba el espíritu sino el cuerpo, ayudándole a sobrellevar la enfermedad con la sonrisa en los labios y la disculpa en el corazón. No dudó en confesar a su hermana Magdalena: “Por mí no tenéis que sufrir. Sabéis que Santa Teresita y yo somos muy buenas amigas y entre las dos lo haremos lo haremos todo. Siempre me ha ayudado”. Sintonzaba admirablemente con la Santa de Lisieux: la invocaba, hablaba de ella a los

que pedían consejo, a los que quería consolar. No escatimaba esfuerzos y era rica en recursos para celebrar su fiesta y propagar su devoción.

Teresa solía repetir *“Hagamos el bien y no miremos a quien”*, éste fue su lema y su actuar y de ello fueron testigos aquellas gentes que durante la guerra civil vieron un ejemplo vivo de la ternura de Dios.

La compostura de Teresa su irradiante sencillez, eran extraordinarios. Esto hizo que al ver su diminuta figura con su “capacito de esparto” pasar por las calles de Novelda hiciera exclamara a más de uno: *“Ahí pasa la santa”*.

Entre los sufrimientos que estremecieron el alma de Teresa durante el tiempo de guerra no cabe duda que fueron las antipatías y los deseos de venganza , sobre todo entre los que se llamaban y se sentían católicos.

Las anécdotas que jalonan su vida nos manifiestan que en la vida de Teresa todo era sencillo, tan sencillo como el adivinar dónde se encontraba una cosa perdida o recoger un cartucho de lentejas esparcido entre la gravilla, asegurar el nacimiento de un hijo a aquellos que lo estaban desenado. Todo era fruto de su unión con Dios, de su espíritu de caridad, de su confianza en el poder de la oración. El Espíritu del Señor estaba con ella y atendía su oración continua y sencilla en resolver cosas grandes y pequeñas a favor de los demás.

La última carta escrita a su hermana Magdalena, Carmelita Misionera Teresiana, es como el testamento espiritual en el que aparece toda su vida exprimida, en esencia. Es fruto de una vida profunda y el testimonio de su profunda experiencia cimentada en el crisol del sufrimiento aceptado gozosamente por Cristo. Refleja toda la espiritualidad de los Santos del Carmelo. En él afloran sus pensamientos predilectos: la confianza ilimitada en Dios, la infancia espiritual aprendida de las página de la Historia de un alma, la firme esperanza reflejada en la frase de Santa Teresa de Jesús: *“para siempre, para siempre”*; el amor desinteresado y generoso expresado a través de la letrilla anónima: *“aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera”* y la expresión madura del santo. Del místico, del sabio, que comprende la veleidad y la caducidad del mundo que pisamos: *“Todo lo de este mundo no vale ni tan solo una mirada y mucho menos un sufrimiento”*.

Teresa nos dejó así, víctima de la tuberculosis, enfermedad probablemente ocasionada por el mismo servicio y entrega a los demás, agradecida por los cuidados y servicios que le ofrecía, confiada en las manos del señor, serena y llena de esperanza. Así, sosegada, acompañada por alguna de sus hermanas de comunidad, como una aurora radiante, con suspiros de amor en el corazón, con murmullo de plegarias en los labios, gozosa ante la proximidad del encuentro con el Señor de su vida. Era la madrugada del 26 de febrero de 1941, miércoles de Ceniza. A Teresa le es llegada la hora y ele encuentro cara a cara con su amado.

Ella nos deja un testimonio de fidelidad en la entrega incondicional, en la sencillez y en la grandeza de corazón.

Antonia Agulló, cmt